

BARCELONA 24 Febrero

de 1888.

LA SEMANA COMICA.

Director. J. Fernández de la Reguera. * Director artístico: E. Benlliure.

POETAS CATALANES

SUSCRICIÓN
 Barcelona trimestre 1'50 pta
 Provincias. 2
PAGO ADELANTADO
 Número suelto
10 CENTIMOS
 REDACCIÓN SITJAS 3.

Àngel Guimerà

¿Que le alabe esperais? Pues es en vano,
 que fuera necio afán
 el de elogiar el genio soberano
 del Shakespeare catalán.



SUMARIO

TEXTO.—*Los Madriles*, por Luis Taboada.—*El diente postizo*, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—*A Federico Chueca*, por Eloy Perillán Buxó.—*Homeopatía*, por José Miguel Almodóbar.—*Pobrecillo!*, por J. Fernández de la Reguera.—*Dolores*, por R. Taboada Steget.—*Menudencias*, por Fernando Segura.—*Madrid?*, por Eusebio Blasco.—*Efectos del miedo*, por Emilio de Motta.—*Astronomía en la tierra*, por A. Cerrolaza.—*Chirigotas*.—*Correspondencia*.

GRABADOS.—*Angel Guimerá*.—*Cuaresma* y *Un desengaño* (historia lamentable), por Benlliure.—*Pisto*, por Ventosa.



LOS MADRILES

Voy á detenerme en la calle de Sevilla, aún á riesgo de que me pidan algo.

La tarde está magnífica, y sin moverme de aquí podré ver cuanto ocurre en la capital de la monarquía.

¿Qué hablarán aquellos dos caballeros, al parecer? Acerquémonos con disimulo.

—Pero, ¿dá entradas?

—¿Qué ha de dar!

—Entonces ¿porqué la haceis?

—¡Cosas de la empresa! Tu ya sabes que es Verduguillo la criatura más *panoli*... ¡Si será *panoli* que le da tres duros á la Vazquez, que no sabe sentir ni moverse! Pues cuando la empresa me trajo la obra, yo dije: «Esto es muy malo; esto *no resulta*». ¿Qué si quieres! «Hombre, contestó Verduguillo, el autor es un muchacho que empieza ahora y además es sobrino de un concejal que conocí el año pasado en los baños de Archena». ¡Como si los sobrinos de los concejales tuviesen obligación de saber escribir obras dramáticas, aunque hayan estado en Archena!

—¿Qué cosas!

—Si te digo que los empresarios son unos brutos y los autores otros brutos.

—Y gracias á nosotros.

—¡Vaya!

—Que si no... Si no tuviéramos esta costumbre de distinguir lo bueno de lo malo...

—Ahora ensayamos una cosa de Manzanilla. ¿No le conoces? Un chico *astor*, que formó el año pasado para Albacete con la Camisola.

—No recuerdo...

—Sí, hombre; uno que hacía *La huérfana* bastante bien y estuvo enredado con la Trónchez,

—¡Ah, sí! ¿Y tú trabajas en la obra?

—Hago un veterinario viudo, que se enamora de una chula, y luego se casa con su padre.

—¿Con su propio padre?

—No, con el padre de la chula, que resulta lavandera. Es un asunto muy nuevo.

—Hombre, sí.

—Al final la chula cae soldado y la libra un mozo de café, que es su verdadero padre; porque la chula no es chula, que es chulo.

—¿Tiene gracia!

—¿No ha de tener? Si lo que no hagamos nosotros los *astores*, no lo hace nadie. ¿No ves que conocemos los efectos? El pensamiento creo que es francés. No sé si de Sardou ó de Juan Valjean. ¿No hay un autor que se llama Valjean?

—Sí, hombre; el autor de *La Traviata*.

—Pues ese.

Nos separamos del grupo de primeros galanes de Albacete, y vamos á oír á otros dos caballeros que conferencian debajo de un farol.

—Porque Sagasta no es amigo de las crisis.

—Naturalmente.

—Pero él quiere echar á Moret; solo que no le gusta reñir con nadie.

—Dígamelo Vd. á mí, que conozco á Práxedes desde que tenía cinco meses, y si no nos hemos criado juntos, fué porque yo nací en Castellón y él es de Logroño.

—Mire Vd.: yo estaba indicado para un gobierno civil, porque he sufrido como el que más y si he tenido cuatro cuartos, sin ellos me quedé por causa de la política. ¿Se ha hecho usted cargo? Y á mí la política me ha reventado, porque me dejó cesante Cánovas, y como andaba por ahí hecho un vago, empecé á jugar por pura distracción y dí al traste con lo de mi mujer... Pues bien; yo no he querido aceptar un gobierno, no por nada, sino porque me llamó Práxedes y me dijo: «Antonio, vas á ir á Badajoz.» ¡Ya ve Vd! ¡A Badajoz, donde hay aquel cerdo tan rico! Y yo le contesté: «Chico, yo hago lo que tú me mandes, pero á Badajoz no voy.» Entonces, él me ofreció una subsecretaría y tampoco la quise... A propósito ¿tiene Vd. ahí cinco duros?

—¡Hombre! ¡Cinco duros!...

—O uno. Me he venido sin nada.

—¿Un duro?

—O dos pesetas, me es igual.

—Tómelas Vd.

—Gracias. Voy al salón de Conferencias á verlo que se dice. Mañana le daré á Vd....

—Cuando Vd. guste.

El gobernador frustrado no va al salón de conferencias. Acaba de entrar en el Café Inglés y ha pedido una chuleta con patatas y chica de vino.

Por allí va una pareja, caminando lentamente calle abajo. Ella parece modista; él es un viejo verde.

—Mire Vd., caballero—dice ella—á mí me gusta la gente formal. ¿Sabe Vd? Porque aunque no debía decirlo, yo soy muy decente y á mí nadie ha tenido que echarme en cara lo más *minio*. ¿Sabe Vd? Y tengo una madre que si supiera que yo iba con un hombre al café á otro lado, me *espaldiyaba*...

—Ya se vé que es Vd. decente.

—Vd. no sabe todavía quién es mamá, que solo porque un día se le cayeron á un vecino del tercero los pantalones en mi balcón y me vió con ellos en la mano, quiso meterme monja *exprofesa*.

En aquel momento aparece un chulo y dirige una mirada de profundo desdén al anciano galanteador; después cogiendo á la joven sensible por el pescuezo, grita:

—¡Eche Vd. delante, sinvergüenzal!

El anciano desaparece, no sin mirar á todas partes lleno de zozobra.

Un hombre alto, seco, de lengua y canosa barba y de gabán más canoso todavía, se acerca misteriosamente y con voz conmovida, me dice:

—Caballero. No tenemos que comer y mi esposa...

—Sí, conozco el caso—contesto yo interrumpiéndole.—Su esposa de Vd. ha dado á luz esta mañana ¿no es eso? Hace tres meses que me refiere Vd. todos los días la misma historia. ¡Una esposa que da á luz todas las mañanas!... Vaya Vd. á contárselo á aquel caballero que sale ahora del café y tiene cara de infeliz. Prede que no lo sepa todavía.

El padre á turno diario desaparece por el callejón de Gitanos. Pero me hace señas un chico y llamándome aparte con toda clase de precauciones, saca del bolsillo una enorme sortija de similar, exornada con un pedazo de vidrio, tamaño como una lenteja, y mostrándomela, dice:

—¿Quiere Vd. comprar una alhaja de ocasión?

—Soy misántropo—contesto.—Hace mucho tiempo que vengo menospreciando las piedras preciosas.

Grupo de gomosos:

—Es divina, chico, divina. ¡Vaya una francesa!

—¡Psh!

—¡Ah, bribón! Y aún parece que le haces ascos!

—Pero, ¡qué calavera es este vizconde!

—No lo puedo remediar. Yo creo que ya nace uno así.

—¡Tunante!

—¿Vamos un rato al *Veloz*?

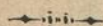
—*Andamio*.

Y no quiero seguir observando, porque el tiempo vuela y es preciso que mande á LA SEMANA COMICA mi revista semanal.

LUIS TABOADA.

EL DIENTE POSTIZO

CUENTO



Luis Tacaño es un gomoso que concurre á todas partes, y come todos los mórtes con la marquesa del Oso.

Por cierto que al muy ladino le cuadra apellido tal, pues la opinión general le tacha de gorrino.

Desde que de Calahorra vino á Madrid, con su flemma él ha resuelto el problema de vivir siempre de gorra.

Sin que ninguno le arguya ni le diga, «Te propasas», él come en todas las casas... en todas menos la suya.

Habla bien, sabe vestir, y en esto tan solo estriba que en la corte Luis viva sin tener de que vivir.

Un martes, al comensal de la marquesa del Oso, le pasó un lance chistoso y en extremo original.

Fué, que inesperadamente al comer el muy glotón un pe-lazo de jamón, tragóse con él un diente.

Lanzó un terno, con sorpresa de su afitriona, y después —¿Qué es eso?— con interés le preguntó la marquesa.

El al punto satisfizo su curiosidad, diciendo: —¿Qué ha de ser? Es que comiendo me tragué un diente postizo.

—¿Postizo? ¡Rara aventura! ¿Quién tal cosa iba á creer de un joven, que al parecer tiene buena dentadura?

—Es cierto;—añadió Luis, pero al quedarme mellado, fui en busca de un reputado dentista que hay en París.

—¿Fué á París?—¿Vd. lo estraña?... —No señor; más creer quiero que cual los del extranjero hay dentistas en España.

—Marquesa, usted se equivoca. No son tan buenos artistas. —¿Artistas?—Sí; los dentistas son artistas de la boca.

—Siendo usted tan exigente mellado se vá á quedar, si aquí no logra encontrar quien le sustituya el diente.

—No es, marquesa, petulancia pero me duele perderlo, porque para reponerlo tendré que volver á Francia.

—No exagere usted, Luis. Aquí hay dentistas notables, tan buenos é inmejorables como los que hay en París.

Los doctores Vieta son de lo bueno, lo excelente; ellos le pondrán el diente con la mayor perfección.

Se los recomiendo á usted y que los viese quisiera; habitan en la Carrera encima de casa Fé.—

Después que acabó de hablar, la marquesa cambió de tema, y no sucedió cosa digna de contar.

Llegado el martes siguiente y estando de sobremesa en casa de la marquesa, después de hablar largamente de salones, de procesos,

de libros nuevos, de modas, de defunciones, de bodas y de otros varios sucesos, que refirió cada cual con ceño alegre ó adusto,

y comentando á su gusto la crónica semanal, miró á Luis fijamente la buena de la marquesa,

y notó, no sin sorpresa, que no le faltaba el diente. Enseguida recordó del martes pasado el lance y por ponerlo en un trance, guasona le preguntó:

—¿Me dirá, amigo Luis, aunque peque de indiscreta, si le puso el diente Vieta ó el dentista de París?

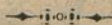
Y Luis con laconismo le contestó sin demora: —Ninguno de ambos, señora; me lo puse yo, ¡es el mismo!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

A FEDERICO CHUECA

En su función de gracia, verificada en el Teatro Principal de Barcelona, el 18 de Febrero de 1888.

COMPOSICION LEIDA POR EL AUTOR



Estás aquí y no lo creo; te traje mi musa hermana á este antiguo colisco, y abandonaste el marea de la vida cortésana.

Yo, que algo puedo decir de tu manera de ser y tu modo de sentir, pues juntos, cuando á crecer, empezamos a escribir;

diré con Santo Tomás: «ver y creer»; y te veo, y aún mirando que aquí estás, dudo si eres tú, ó serás fantasma de mi deseo.

Pero en fin; doy por sentado

que eres tú quien nueva palma esta noche ha conquistado, y el que conmigo, abnegado, ha compartido su alma.

¡Gracias! más como sospecho que no estás bien advertido de lo que al venir has hecho; y pues me asiste el derecho de decir á qué has venido;

explicando mi ideal te daré el motivo real de salir de tus casillas de Madrid... para lo cual te dedico estas quintillas.

Has de saber, Federico,

que yo soy buena persona; si en caudales pobre y chico, en sentimientos muy rico y en amor á Barcelona.

Porqué este amor, y de quién desde el nacer lo he sentido, lo comprenderás también en cuanto te fijas bien en mi materno apellido.

Un ángel de bendición, (mi madre, pura y sencilla), me tuvo en esta región, y fui á nacer en Castilla... por una equivocación.

Pasa aquí lo que Dios quiere, y como no hay quien rechace que su voluntad impere, ni vé el hombre dónde nace, ni escoge el sitio en que muere.

Somos aves, que volamos tan libres, que nos sujeta un Destino que ignoramos; ¡y así y todo, nos llamamos los reyes de este planeta!

Pues bien, y volviendo al punto filosófico-social que en estos versos apunto, voy á explicarte mi asunto, que es aquí lo principal.

Barcelona y Madrid, son —valga la comparación— ramas de un árbol ingerto, de distinta condición, pero hijas del mismo huerto.

Dan á sus cultivadores, en pétalos diminutos y entre aromas y colores, la una más frutos que flores, la otra más flores que frutos.

¿Que se divorcian? Error con que la rutina engaña y produce el desamor: ¿cuál es su savia? el valor; ¿y cuál es su tronco? España.

Mientras tenga éste raíces sujetas en lo profundo, ambos pueblos, sin deslices, serán dos ramas felices del mejor árbol del mundo.

Para que Dios nos conceda lo que conmigo proclamas y acaso pronto suceda, yo acercaré cuanto pueda con mi trabajo, esas ramas.

Nobles ejemplos me dan de este hospitalario afán en mi empresa cariñosa, el que dió al arte un *Guardián* y su amantísima esposa.

Hoy tú, ayer Ricardo Vega y después Javier Santero... de fijo aquí nadie niega que al madrileño que llega con Ceferino le espero.

¿Y porqué? Pues lo repito; porque es ese nuestro plan; y yo, por lo que me agito y trabajo en él... ¡clarito! merezco ser catalán.

¿Comprendes ya bien, porque tu *partitura* pedí, y un libro te preparé, y á la corte fui, y torné, y luego marché por tí?

Porque son las melodías de tus mágicos cantares, destellos de amor que envías, con los cuales estacias á las masas populares.

Porque tu genio acrisola cuanto á la mente fascina y cuanto al dolor inmola; porque es tu Musa divina, y esencialmente española.

Y siendo como es, florón de la Patria, esta ciudad que causa tu admiración; y sus hijos, lo que son, para el Arte y la Verdad;

¿no era justo que vinieras á oír tus cantos, aquí donde hay del arte lumberras, y este pueblo conocieras, y él te conociese á tí?

Pues, cumplido en breve plazo está el ideal que adoro... ¡Con que, salud, maestrizo! que para darte un abrazo me retiro por el foro.

ELOY PERILLAN BUXÓ.

HOMEOPATIA



I.

—Doctor!...—¿Qué le pasa á usted?

—Que estoy muy mala, Doctor.

—¡Aprensiones!—¡No, señor!

¡yo me muero!—Ya lo sé;

¡cómo he de morir yo y morirá el mundo entero!

—Es que yo, Doctor, no quiero morirme.—¡Claro que no!

Nadie quiere sucumbir, mas es nuestro humano sello...

—¡Es que es el mundo tan bello cuando vamos á morir!

—¡No se aflija usted, señoral

Claro es que usted morirá,

mas, por fortuna, aún no le ha llegado su última hora.

Olvide sus sinsabores;

todo á gozar le convida: ¿quién piensa en dejar la vida cuando aún está en sus albores?

¿Morir, cuando cien galanes

imploran con ansia loca un consuelo de esa boca

para calmar sus afanes?

¡Doblar la hermosa cabeza,

creyendo entrever la muerte,

siendo deudora á la suerte

de tan mágica belleza!

—¡Pródigo siempre en bondad!

—¡Bondad?... ¡Justicia notorial.

Pero... veamos la historia

de esa cruel enfermedad.

¿Qué le duele á Vd?—Pues... nada...

y todo... ¡vamos! no sé...

—A ver, explíquese usted

y no se ponga encarnada,

que eso no vale la pena...

—Si es que... doctor, no hallo modo...

¡mal no estoy, después de todo!

¡y el caso es que no estoy buena!

Unas veces tengo enojos,

y sin causa ni razón

se me oprime el corazón

y acude el llanto á mis ojos.

Pasa, aunque para volver,

el romanticismo y luego

en oleadas de fuego

se abrasa todo mi sér.

A veces parezco muda...

otras, hablo con esceso...

—¿Y desde cuando siente... eso?

—Desde que he quedado viuda.

—(¡Me lo habia figurado!)

—¿Qué es lo que tengo?—No sé...

pero yo le juro á usted

que no es cosa de cuidado.

—¿De veras, Doctor?—Si tal.

—¿Volveré á estar buena?—¡Pues!

—Dentro de mucho!—De un mes.

—¿No me engaña usted?—¡Formal!

¡Jamás la mentira anida

entre mis labios, Aurora!

Lo que usted tiene, señora,

es sólo exceso de vida.

Le hace falta una pasión,

un amante, que rendido

sepa acallar el latido

CUARESMA



—Pues yo no ayuno los viernes;
Si tengo carne, la como.
—Pues yo no; yo en la Cuaresma
no como carne... *tampoco*.

UN DESENGAÑO

Historia lamentable

(Conclusión)



logra por fin que la Menegilda se encargue de
entregar una carta á Dorotea.



Desde entonces Sinforoso no come, ni vive, ni
duerme esperando la ansiada respuesta.



Y pasa los días, y hasta las noches, acechando
la ventana de su amada.



Un día vé Sinforoso que de la ventana del cuar-
to de Dorotea arrojan un papel plegado. ¡Quizás la
ansiada respuesta!



Se arroja frenético sobre él,



lo coje, lo desenvuelve y... Un grito de: ¡Cochina!
que le salió de lo mas hondo del pecho señaló la
muerte de sus ilusiones y el aniquilamiento de sus

de ese ardiente corazón.

Usted, por lo que barrunto, necesita un hombre fiel, que desempeñe el papel que desempeñó el difunto.

Es usted bella, divina, y lo encontrará usted. —¿Sí? —Lo que es necesario aquí es amor, no medicina.

Llame usted, pues, al amor... —Bien, doctor; así lo haré. —Señora, á los pies de usted. —Beso su mano, Doctor.

II.

—¡Doctor!... —¿Qué tal vá, señora?

—Perfectamente, Doctor.

¡Me ha hecho usted un gran favor! Ahora lo comprendo, ahora.

—¿Hizo lo que le mandé?

—Sí, doctor, punto por punto.

—¿Y se acuerda del difunto?

—No, señor; ya lo olvidé.

—¡Caramba! ha sido usted experta, ¿con qué ya curada está?

—¡Claro, como tengo ya

un vivo que me divierte!...

—¿Un vivo? —¡Claro que sí!

—Señora, yo no sabía...

Nunca me figuraría

que sin decírmelo á mí...

—¿se hubiese usted ya casado?

—¿Casado? —¡Sí! ¿quién lo duda?

—¡Pero si yo sigo viuda!

—¿si no he cambiado de estado?

—¿Me comprende usted, Doctor?

—Le ruego á usted que no siga,

ó por piedad, bella amiga,

explíquese usted mejor.

—Yo sus consejos seguí;

busqué quien me consolara,

quien me amase, quien llenara

el vacío que había en mí;

Quien con sus tiernas caricias

acallara mis tristezas;

quien trocara con ternezas

mis pesares en delicias;

quien con sus besos... —Bien; ¿qué?

—Que hallé al hombre que buscaba,

él me dijo que me amaba,

yo mi amor le confesé...

—Se arreglaron y... ¡caball!

—¿aquí paz y después gloria.

—Pues es bonita la historia

con que ha curado su mal!

—¿Le gusta? —Señora ¡no!

—Pues usted me indicó el medio...

—Sí, más para ese remedio...

—¿Qué? —¡¿Qué aprovechaba yo!

JOSÉ MIGUEL ALMODÓBAR.

¡POBRECILLA!

—»(o)«—

No intenten Vdes. consolarme, porque comprendo que sería inútil.

Por mucho que Vdes. hagan, por buenas que sean sus razones, yo no he de poder olvidarla.

¡Prenda adorada!

Era alicantina, esbelta, hermosa como pocas, bien formada y con un garbo y un salero españoles, que no había más que pedir.

Cuando la ví por primera vez quedé extático ante ella y dije: «¡Oh! así, con cierta estupefacción.

Desde entonces fué ella el único objeto de mis ensueños.

Por verla siempre, por hacerla mía, por poseerla, habríadado... ¡no pueden Vds. imaginarse lo que habríadado!

Paso por alto las fatigas, los afanes y los sudores que me costó su conquista. Baste saber que al cabo de tres meses era mía, solo mía, para siempre mía.

¡Ayl! ¡para siempre! Eso pensaba yo.

Un día... —no, miento, que era una noche... —la llevé á un baile, no quiero recordar á cual.

Un desalmado, uno de esos seres para los cuales no hay respeto ni propiedad sagrada, la vió, se enamoró de ella y... ¡adiós, mi hermosa alicantina!

Lo que yo he llorado su ausencia no pueden Vdes. figurárselo.

Un día de los del pasado Carnaval me pareció verla cruzar por delante de mí.

Detuve al caballero que con ella iba, le interrogué airado y...

¡Zis! ¡zas!

Dos soberbios bofetones, que en pago de mi poca educación me atizó el ofendido caballero, fueron la respuesta á mi atrevimiento.

No por ello desmayé. ¿Qué había de desmayar si sin ella yo no era yo, si sentía que me faltaba el complemento de mi sér!

Hace unos días me pareció verla en uno de los balcones de un entresuelo de la Rambla de las Flores.

Subí, llamé, me abrieron, entré, interrogué (esta vez con mucha finura) al dueño de la casa y este ¡oh, gozo de los gozos! me dijo:

—Voy á presentársela á Vd.

Y en efecto, me la presentó.

¡Ay, no era ella, no era mi alicantina! La que tenía yo delante era madreña y totalmente distinta de la que había creído encontrar.

Desde entonces, escarmentado, he resuelto no buscarla más, pero no puedo olvidar aquellos tiempos en que, llevándola conmigo, la exhibía, orgulloso y satisfecho, en todas partes.

¡Siempre, siempre juntos!

Ella, discreta y sufrida, tapando mis faltas y deficiencias; yo... siempre envuelto en ella.

¡Oh, mi capa, mi adorada capa alicantina! ¿cuándo te volveré á ver?

J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

DOLORES

—»«—

Dolores, muero de amores, te adoro con frenesí y aquel día que te ví comencaron mis dolores.

Pensando si fiel serás, que no lo sé con certeza, paso un dolor de cabeza como no tuve jamás.

Son tus ojos mis antojos á la par que mis espejos, y de mirar sus reflejos, hasta me duelen los ojos.

Nunca quiero ir á comer por no perderte de vista, y el estómago egoísta no me cesa de doler.

Tanto hacia tu casa voy por escuchar frases tiernas,

que ya me duelen las piernas de los paseos que doy.

Me mata tu talle airoso, en convidarte me obceco, y el bolsillo del chaleco sufre un dolor espantoso.

Hará dos meses ó tres que tu amor he conseguido y estoy todo dolorido, de la cabeza á los pies.

A tu lado el día entero me paso con ilusión, y me duele el corazón de tanto como te quiero.

Moriré de mal de amores, que en ardiente frenesí, desde que te conocí no tengo más que «Dolores».

RICARDO TABOADA STEGET

MENUDENCIAS

—»«—

De Ventura ¡qué locura! se enamoró Sinforoso, y dice que sin ventura no puede ser venturoso.

Y eso que ayer ha sabido la ignominia que le espera, pues toda su vida ha sido Ventura una aventurera.

Una enfermedad agobia al desdichado Marcén, porque Remedios, su novia, tomó el tren para Varsovia con un conductor del tren.

Y del caso lo mas grave es, que rehusar procura cualquier remedio ó jarabe, diciendo: que el solo sabe con que remedios se cura.

Pura se hace llamar Pura, aunque su nombre deshonra, pues no es muy pura su honra segun la gente murmura.

Razon tenia Perico, que la dijo con franqueza: —Tienes la misma pureza que un puro de perro chico.

Por ganar D. Trifon algunos reales á Honduras envió sus capitales; mas hizo la fortuna con sus tretas que se quedara al mes sin dos pesetas. ¡Para evitar desgracias harto duras no debemos meternos en honduras!

FERNANDO SEGURA.

EFFECTOS DEL MIEDO

—»«—

Se celebraba una fiesta de toros en un lugar y fué para estoquear Diego Juárez, alias Cesta.

Salió un novillo muy bravo, el Cesta le capeó y enseñada le mató, citándole... por el rabo.

Salió otro luego y ¡zis, zás! cumplió el chico su faena matándole de otra buena estocada... por detrás.

Le aplaudían á rabiar por tan extraña manera, y siguió sin que ocurriera nada de particular.

Pero salió un toro luego, cornalón, grande y potente, que puso alegre á la gente y algo tembloroso á Diego.

El presidente ordenó el toque de banderillas y oficiaron las cuadrillas, pero Diego no salió, y así que llegó el momento de matar, saltó á la plaza con muchísima cachaza en busca del monumento.

Desde lejos le citó por miedo á que le enganchase, pero ello es que al primer pase, ó al segundo, le cogió,

y aunque dos ó tres capotes fueron al quite enseguida, el toro en la acometida le tiró varios derrotes.

Era de ver al torero quejarse y gritar: —¡Dios mío! ¡Ay de mí, que estoy herido! ¡yo me muero, yo me muero!

Creyendo que se moría y encomendándole á Dios, le llevaron entre dos chulos á la enfermería;

y el doctor le dijo allí: —¿Dónde ha sido la cornada? De fijo no será nada,

pero venga el bisturí. —¡Sí señor, que me ha matao! ¡ay, que me muero, doctor!

—¿Te duele? —¡Ca! ¡no hay dolor! pero estoy todo empapao de sangre. —¡Qué atrocidad! ¡veremos!

á ver, á ver. —¡Mirusté! ¡ay! ¡desde el muslo hasta el pie siento sangre. —Operaremos,

pero... ¡jál! ¡jál! ¡jál! ¡jál! ¡jál! ¡hombre, si no hay tal cornada! —Sí, señor. —¡Si aquí no hay nada!

—¡Si que tengo sangre! —¡Quíal!

Lo que hay es que es necesario, muchacho, que en caso tal, evites tamaño mal yendo antes al urinario.

EMILIO DE MOTTA.



Algunos de nuestros colegas de provincias, con quienes tenemos establecido el cambio, se quejan de que no reciben LA SEMANA CÓMICA.

No es extraño: á nosotros nos faltan muchos de ellos, sobre todo los que tienen *muñequitos*... ¡Y váyase lo uno por lo otro!

Días pasados recibimos la visita de dos colegas, uno de Alcalá de Henares y otro de Sevilla, que venían ¿saben Vds. de dónde?

Pues de *Sitjes*, á donde los mandó algún empleado de Correos, confundiendo lastimosamente el nombre de la *calle de Sitjas*, donde tenemos nuestra casa y la de Vds. con el de la población de ese nombre.

Otro sí:

La composición del Sr. Sanmartín y Aguirre, que habrán visto ustedes en el lugar correspondiente de este número, debía haberse publicado en el número pasado.

El autor nos las mandó en tiempo suficiente para ello, pero ¡que sí quiere! á algún empleado del Ramo le dió la gana de entretenerla en el camino y llegó á nuestras manos con cinco días de retraso.

Y una cosa parecida nos ha pasado con la composición *Homeopatía*, de nuestro amigo Almodóbar.

Y así sucesivamente.

Yome he resignado ya á todo y estoy dispuesto á no volverme á quejar, porque sé que es inútil.

¡Oh, Mansi, pistonudo Mansi, morrocotudo Mansi! ¡Dios te bendiga!

Con una galante dedicatoria, que le agradecemos muchísimo, nos ha remitido nuestro amigo y colaborador D. J. Adán Berned un ejemplar de su última obra *Mesa Revuelta*. Forman esta obra una serie de poesías, que se recomiendan tanto por la galanura y belleza de los pensamientos, como por la gallardía de la versificación. Véndese á dos reales, en casa del autor y en la Administración de *El Comercio Aragonés*, de Huesca.

A matar una rana, Juan Perruco
salió con un trabuco,
y á matar un tremendo jabalí
un asador sacó Simon Cubí.

Cada uno hace las cosas á su modo
Y ¿qué ha de suceder? Así va todo.

—Voy á quejarme armagamente de lo que me está sucediendo en Correos.

—¡Pero si ya nos ha hablado V. de eso!

—¡Ah! es verdad. Pero no es extraño. ¡Cómo los tengo tan montados en las narices!...

—¿Conoce V. á Jacinto?
—El alpargatero? ¡Vaya!
Mas no le he visto...—¿Hace días?
—No, señor: hace alpargatas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

—*—

J. R. G.—Villafranca Montes de Oca.—Ya habia notado la in corrección, pero como precisamente aquella poesía era la que valía menos de las dos, no quise citarla.

Ché.—Valencia.—No siempre se pueden dar las razones porque se rechazan las composiciones, pero puesto que V. se empeña, sea. Ni

un día en que estaba la hermosa

es verso octosílabo, ni *gudejas* es consonante de *perpleja*, ni se dice: «ella mi ventura *aciba*», sino *acibara*, ni *prototipo* significa lo que V. cree, sino todo lo contrario... ni V. es mi compadre, ni ese es el camino de Sevilla. ¿Está V. contento? ¿Sí? Pues yo no. Vaya: adios.

C. A.—Madrid.—Una de dos: ó ha publicado V. esos cantares en otro periódico ó los ha copiado de alguna parte: porque yo he leído ya eso ¡vaya si lo he leído!

Manolo.—(No sé donde).—Sabe V. versificar, si señor, pero ha ido V. á escoger unos chistes tan trasnochados que, francamente... Otra cosa: ¿quien le ha dicho á V. que los mundos los hacen los albañiles?

V. R. A.—Madrid.—Verdad es; fué un *timo*, pero ¿qué voy á hacerle ahora? Agradecer como agradezco su aviso y vivir un poco mas prevenido para lo sucesivo.

A. A. y L.—Cadiz.—Ripiosilla es; pero V. debe saber escribir bien... cuando quiere. Ah! *cívica* y *crítica* andan buscando influencias para ver si se les nombra consonantes; porque lo que es ahora...

Narciso.—Madrid.—Con que *la canora fuente*...

No hable V. mas, pobre vate,

¡porque eso es un disparate

mayormente!

J. S. H.—Valencia.—Por correo vá *El Duelo* de Borrás. Faltan diez céntimos, eh?

Sacristuchí.—Sevilla.—¡Diablo! me ha fastidiado V. Y con razón, que es lo peor. Conste, de todas maneras, que, aparte de aquel, tenía la composición otros defectos que imposibilitaban su publicación.

T. B. L.—Madrid.—¿Vale la franqueza? Pues con franqueza: no me gustó.

Natalio Delapierre.—Barcelona.—Los dibujos deben hacerse con tinta litográfica y sobre papel especial. Y el que ha remitido no me disgusta: conste.

M. J. J.—Burgos.—Remití tres ejemplares de *El Duelo*.

Cura pre-histórico.—Barcelona.—Ha tenido V. la chiripa del mundo. Ya lo vió V. El de esta semana no está á la altura del otro. *Ripita*.

J. O. M.—Burgos.—La suscripción si que la acepto; la que no acepto es la poesía. ¿Qué porque? Por que es mala.

R. S. D.—Reinosa.—Está versificada con cierto salero, es verdad, pero ese final... y aquella indicación de la penúltima cuarteta... Que no, vamos.

Tío Jindama.—Barcelona.—Se agradecen las felicitaciones y se aceptan los cantares.

M. R.—León.—La rebaja sobre el precio de *El Duelo* es solo para los suscriptores. Puede V., sin embargo, dirigirse al autor (D. José Borrás.—Pozas, 17, 2.º izquierda.—Madrid) y él decidirá.

Uno de la clase.—Madrid.—De la clase... de los que no deben escribir versos en su vida.

Cachupín.—Cadiz.—Si limase V. un poco la de *la pintura*, no digo que no se publicara. La otra no sirve.

F. S.—Santander.—Repito lo de la última vez. ¡Qué pesetas valdría V. si cuidara un poco mas la elección de asuntos! Esos son muy gastados... Sirven, no obstante, las dos mas cortitas.

Napolitano Traditore.—Sevilla.—¡Oh, mio Dio, cuánto sieteimpacientel Sperate, carambi, qu' ella si publicará cuando li sera arribatto il turni. (y Dios me perdone la manera de *macarronizar*).

A. P. J.—Reinosa.—Son, en efecto, muchas redondillas para un hombre solo. El soneto entra en turno.

A. C.—Madrid.—Celebro el restablecimiento ¡ya lo creo que lo celebrol! Lo del retraso debe ser cosa de Correos, porque de aquí salen los paquetes con la debida puntualidad. Lo otro... lo otro fué un *timo* que nos dieron y que nos servirá de escarmiento para lo sucesivo.

J. de la C. F.—Barcelona.—No hay de qué. Usted se merece eso y más. En cuanto al tomito de poesías... *non vidi*. De lo contrario se habría anunciado.

M. V.—Madrid.—¿Si creará V. que Barcelona es Babia? Esas seguidillas las ha copiado V. de una comedia de Narciso Serra. ¿Es verdad, si ó sí?

Un infelís.—Barcelona.—Así Dios me proteja como sois vos ¡oh, gracioso! caballero! el colaborador mas donoso que pisa tierra española. Mandad eso, que si es digno de vuestro ingenio, seré yo, no vos, quien reciba merced en ello. Que el Señor os colme de bienandanzas.

R. T.—(No sé donde).—También á vos, guardaos Dios.

Entrán en turno las dos.

E. G.—Valencia.—Hombre, sí: voy á insertarsela sin variar punto ni coma ni esperar turno. ¡Para que vea V. si me ha gustado!

A CASIMIRA

CONVINACION

Con el amor más puro que he soñado
► ti hermosa siempre he querido
solo tu á mi corazón amado
tradiastes con tu rostro enardecido.
¿As hoy mi mente enloquecida
dolatrarte quiere hasta su muerte impía;
razón y deber tendrá el alma mía,
► marte con pasión adormecida.

ENRIQUE GARCIA.

Imp. de Calzaña é Isbert Santa Mónica, 2 Pasaje.

PISTO



—Pues, aquí donde V. me vé, yo conozco mucho á Moret.

—¿De veras?

—Sí, señor; mucho. Solo que dá la triste casualidad de que él no me conoce á mí.



MÁQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS DE TODOS SISTEMAS

VERTHEIM

Últimas y las mas recientes invenciones **LA ELECTRA**, funcionando absolutamente sin ruido.—Al contado y á plazos. **AVIÑO 18 bis.**—Barcelona.

CÁMARAS FOTOGRÁFICAS

Y PLACAS PREPARADAS DE TODAS MARCAS

Único depositario en España de las tan celebradas Lumière. Hay además Monckoven, Beernaert, Derwent y otras. Calibres, cubetas, objetivos, obturadores, papeles nitrados, Marion, Alpha, Morgan, Hutinet, etc., etc.

ALMACEN DE DROGAS DE ANTONIO BUSQUETS Y DURAN
San Pablo 19 y 21.—Barcelona

LA QUE TRABAJA MAS BARATO

Y DEJA LAS PRENDAS MAS BIEN HECHAS ES LA SASTRERIA

LA ECONOMICA

DE

MANUEL FAÑANÁS

(HOSPITAL).—CADENA N.º 3, TIENDA

Casa especial para lavar, teñir, planchar y reformar toda clase de prendas usadas

LA SEMANA COMICA

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO. FESTIVO, ILUSTRADO
con caricaturas y viñetas de los mejores dibujantes y texto de renombrados escritores.

Precios de suscripción { Barcelona, un trimestre:—Ptas. 1'50.
Provincias, " " " " 2.

Número suelto: 10 céntimos

Hay colecciones del año 1887 á los siguientes precios:

En Barcelona. Para los suscritores. Ptas. 6'50

Id. id. Para los no suscritores. " 9

En Provincias. Para los suscritores. " 7'50

Id. " Para los no suscritores. " 10

En Ultramar y el Extranjero fijarán los precios los señores corresponsales.

—Números atrasados: 20 céntimos—

PAGOS ADELANTADOS.—Redacción: Sijas 3. —BARCELONA

GRAN FABRICA

DE CEPILLOS

21, SAN RAMON, 21

TIENDA DE ROPAS

—13, FORTUNY, 13—

Por cesar en el comercio se venden todos los géneros con gran rebaja de precios.